

corriente negativa de la modernidad, que ha venido usando el marbete para caricaturizar una poesía poco rara, de tonos coloquiales y personajes de estatura humana, y niega acusaciones como la del carácter cerrado o sectario de la tendencia –en la que en cambio reconoce grandes diferencias de voz–, su anulación de la especificidad individual –pues justamente a ella se vuelve en la aproximación a la vida cotidiana– o el abandono de los valores literarios, que no son sacrificados en nombre del afán comunicador⁴⁵. Pero es en una reflexión posterior, «El oficio como ética», donde el poeta se extiende ampliamente sobre las razones de su apuesta por la normalidad y el realismo, al hilo de las críticas que una y otra elecciones estéticas han despertado en el gremio lírico español. Por lo que se refiere al retorno a la realidad, a García Montero le importa recordar que la noción de realismo manejada por la poesía de la experiencia resulta inseparable de la idea del género como ficción; pues la sola consideración de que la defensa de los tonos realistas «surge acompañada de conceptos como ficción, personaje literario, autonomía verbal, artefacto...»⁴⁶ bastaría para acallar las reiteradas objeciones sobre el carácter plano y mimético del realismo experiencial, aplicado a la supuesta transcripción anecdótica del mundo, a la manera decimonónica. Pero sobre todo, García Montero ha debido salir al paso de las incontables invectivas que le deparó su defensa de la «normalidad» lírica, ya que, como él mismo acepta con ironía, la utilización en poesía de este concepto resulta inevitablemente una provocación:

Cuando publiqué «¿Por qué no sirve para nada la poesía? (Observaciones en defensa de una poesía para los seres normales)», quise abrir una discusión algo más profunda de la que luego han planteado algunos poetas vociferantes, muy orgullosos de la diferencia, o ciertos filólogos tan norteamericanos como desorientados, políticamente correctos y defensores de

⁴⁵ Luis García Montero, «La poesía de la experiencia», en *Luis García Montero. Complicidades, Litoral*, 217-218 (1998), pp. 13-14.

⁴⁶ Luis García Montero, «El oficio como ética», en José Romera Castillo y Francisco Gutiérrez Carbajo, eds., *Poesía histórica y (auto)biográfica (1975-1999)*, *op. cit.*, p. 88.

las minorías por amor a las reservas indias. Cometí la imprudencia de esperar que para interpretar mi poética se tomarían la molestia de leer mis libros y no tuve miedo de que la normalidad aludida se entendiese como una defensa de los valores establecidos o como una negación de la disidencia⁴⁷.

En efecto, en esta dirección apuntaban las reservas de los colectivos críticos, mientras su oposición a la ruptura vanguardista frente a la cual se alzaba su noción de normalidad le procuraba entre un sector de poetas y teóricos el título de conservador⁴⁸. Contestando a unos y a otros, Luis García Montero ha tratado de explicar que su alejamiento de los tonos vanguardistas obedece precisamente a una postura política de compromiso progresista. Pues el sujeto sacralizado de las vanguardias, que reacciona ante el fracaso de la Historia abandonando cualquier espacio público, no representa sino «la otra cara de la moneda del buen burgués en zapatillas»; en cambio, su poética para los seres normales constituye una llamada a la articulación con la sociedad, contraria a toda rebeldía autoexcluyente, que reproduce la actitud del ciudadano dispuesto a involucrarse en el diseño de los pactos de convivencia⁴⁹. Por lo demás García Montero, rechazando en primera instancia la totalidad mal entendida –esto es, los procesos de homologación aniquiladora de las conciencias singulares–, detecta el peligro real de nuestro mundo contemporáneo en la exaltación presuntamente progresista de la diferencia. Porque ésta no es, en el fondo, sino una pirueta del neoliberalismo más reaccionario, que defiende al individuo para aislarlo de los proyectos colectivos y desarticular los vínculos sociales, que reivindica la historia de los márgenes para anular su fuerza transformadora en los centros

⁴⁷ *Ibid.*, p. 102.

⁴⁸ García Montero alude en el texto citado al profesor estadounidense Jonathan Mayhew, que en distintos trabajos de los años noventa había condenado las limitaciones estéticas y el reaccionarismo ideológico de las poéticas realistas y, en particular, del discurso del poeta granadino, por su rechazo del valor de las vanguardias (Véase, en particular, «The avant-garde and its discontents: aesthetic conservatism in recent Spanish poetry», *Hispanic Review*, 67 [verano 1999], pp. 347-363).

⁴⁹ Luis García Montero, «El oficio como ética», *op. cit.*, pp. 88-89.

de decisión⁵⁰. Y así el poeta insiste en la puesta en duda de las actitudes marginales, cuya única consecuencia es la renuncia a la Historia y, en último término, el robustecimiento de las normas del poder, la consagración de «los límites de los valores establecidos, gracias al espectáculo de sus márgenes»; sin embargo, definirse como ciudadano e instalarse en la norma, lejos de sancionarla, puede permitirnos asaltarla, participar en una redefinición de los espacios públicos, «dinamitar las murallas de las convenciones» y «hacerlas flexibles a la rebeldía». En suma, no se trataría en ningún caso de acomodarse en los valores establecidos, sino de rescatar el derecho a la disidencia como un patrimonio de las personas normales⁵¹.

En la propuesta «integracionista» de Luis García Montero late una denuncia de la ingenuidad última que encierra la defensa del margen social y la tajante intransigencia con la norma, pues el sistema lo abarca todo y lo marginal no es en realidad sino la variante invertida de lo que dice negar, potenciando de tal modo la funcionalidad del orden que lo implica. Buscar el emplazamiento estratégico en el centro de la norma significa por el contrario trabajar en una neutralización de las maniobras de desarticulación social. Por eso el poeta desconfía de una retórica que se sitúa de espaldas a los pactos lingüísticos, advierte de los peligros de un lenguaje dispuesto a renunciar a su capacidad de diálogo, e interpreta el hermetismo o la destrucción lingüística como símbolo de un contrato social fracasado⁵².

No cabe negar, en fin, que al fondo de la querrela entre experienciales y diferentes se agazapa la pugna de las hegemonías y la disputa por la conquista del escenario lírico; pero tampoco que, en los debates más serios, se enfrentan asimismo posiciones ideológicas y, sobre todo, posturas ante el lenguaje que inciden de manera definitiva en la elaboración retórica del poema. José-Carlos Mainer

⁵⁰ Luis García Montero, «Poética, política, ideología», *Ínsula* [«Los compromisos de la poesía»], 671-672 (noviembre-diciembre 2002), p. 37.

⁵¹ Luis García Montero, «El oficio como ética», *op. cit.*, pp. 102-103.

⁵² Luis García Montero, «Poetas políticos y ejecutivos bohemios», prólogo a José M. Mariscal y Carlos Pardo, eds., *Hace falta estar ciego. Poéticas del compromiso para el siglo XXI*, Madrid, Visor, 2003, p. 20.

crea ver que el enconado pleito entre realistas y «los otros» encubre además una cuestión política concerniente al papel de la literatura en la vida social y, en última instancia, una desaprobación del Estado cultural instaurado con el régimen socialista:

¿Podrá ser casual, dirán algunos, que en 1983 surja ‘la otra sentimentalidad’? ¿No son los ‘poetas de la experiencia’ la encarnación viva de la petulancia un poco hortera de los ‘sociatas’ que acababan de llegar a las poltronas? ¿No son sus almibarados poemas y sus bellas revistas oficiales de los años ochenta una suerte de P.E.R. (Plan de Empleo Rural) para poetas andaluces en paro?⁵³.

La provocación de Mainer no debió de escandalizar demasiado siquiera a los propios aludidos, a tenor de otras lecturas sorprendentemente próximas efectuadas por alguno de los poetas-teóricos más autocríticos con los excesos de la experiencia. Álvaro Salvador lanzaba en 1996 para denominar a la corriente de la experiencia la etiqueta un tanto envenenada de «poesía de la socialdemocracia». Y aunque negaba cualquier matiz peyorativo —y atenuaba: al menos, «poesía en la socialdemocracia»—, asoma en sus argumentos la denuncia de los resabios totalitarios de una práctica poética fraguada al arrimo del nuevo Estado cultural y su dictadura arbitraria de críticos y editores, que auspiciaban una literatura de la «normalización», paradójicamente excluyente y digerible por una nueva estructura social:

Poesía en la socialdemocracia también, porque la recepción de esos «discursos poéticos normalizados», que se han abierto paso en los últimos quince años hasta convertirse en «norma» hegemónica, tiene mucho que ver con la aparición de ciertos grupos sociales emergentes, nuevas clases medias consolidadas al amparo de la política socialista, que han demandado la producción y el consumo de una cultura, así mismo, «media», digerible, y que analizamos con más detenimiento en otro lugar⁵⁴.

⁵³ José-Carlos Mainer, «Para otra antología», *op. cit.*, p. 37.

⁵⁴ Álvaro Salvador, «La experiencia de la poesía», en *Letra pequeña*, Granada, Los Cuadernos del Vigía, 2003, p. 228.

De la implantación y demanda de esta cultura «media» y «digerible» resultaban las posturas intransigentes con el hermetismo poético de raigambre vanguardista, asociado para mayor delito al elitismo novísimo de la última etapa de la dictadura, que definía el sello de la generación precedente. Y contra ellas se revuelve Álvaro Salvador, que denuncia, por un lado, la trampa historicista de las reacciones generacionales y las rebeldías contra el inmediato pasado en la que incurren, paradójicamente, algunos valedores de la «normalización» democrática (olvidando por cierto que en los años setenta no sólo se escribe según el modelo culturalista y experimental); pero, sobre todo, desaprueba la incoherencia última que lleva a éstos a considerar «perversos y estériles *per se*» los modos poéticos vanguardistas, boicoteando así la creación de ese «espacio verdaderamente postmoderno» que, siguiendo a Eco, pasaría por visitar, desde una actitud no ingenua, *todo* el pasado, del que por supuesto los procedimientos históricos de vanguardia también forman parte⁵⁵.

En 1997 dictaminaba Luis Antonio de Villena que las pugnas que habían conmovido las aguas de la última poesía española tendían ya a remansarse, y más recientemente ha hablado de una lucha «ya conclusa» o, cuando menos, «absolutamente periclitada para los más jóvenes»⁵⁶. En la medida en que, tal como él mismo argumenta, las poéticas «figurativa» y «abstracta» han experimentado un proceso de convergencia en los últimos años; en la medida en que el realismo de los experienciales se ha venido ensanchando con procedimientos y técnicas de mayor audacia experimental –nunca, por otra parte, repudiados del todo en la práctica; en la medida, en fin, en que el paradigma realista dominante en las dos últimas décadas desdibuja sus perfiles al difuminarse algunos de sus rasgos constitutivos, debería adelgazarse la brecha de la dis-

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 228-229.

⁵⁶ Luis Antonio de Villena, «Un breve panorama», prólogo a *10 menos 30. La ruptura interior en la «poesía de la experiencia»*, *op. cit.*, p. 9, e «Inflexiones a la voz órfica», prólogo a *La lógica de Orfeo (Antología)*, *op. cit.*, pp. 16 y 18.

crepancia, y debilitado el adversario, atemperarse el rigor de las embestidas. Pero la poesía de la experiencia y, sobre todo, sus teóricos del realismo, la representación y la normalidad, permanecen como blanco insaciable de un amplio sector intergeneracional para el que la labor del poeta en esta sociedad de pensamiento homologado pasa por una tarea de subversión ideológica que, a su vez, sólo puede emprenderse desde la subversión lingüística –sea transgrediendo las convenciones poéticas e instalándose en la antipoesía, sea negando una lengua social secuestrada en el «mercado de los pactos»⁵⁷. Basten como ejemplos recientes el monográfico que la revista vasca *Zurgai* dedica en diciembre de 2003 a la llamada «Poesía de la conciencia», postuladora de una escritura «a la contra» del cinismo experiencial; las «conspiraciones» anuales de las onubenses *Voces del Extremo*, capitaneadas por Antonio Orihuela; o los sucesivos embates que también anualmente recibe la poesía de la experiencia desde el valenciano «Foro Social de las Artes»: al fondo, Enrique Falcón, Antonio Méndez Rubio y autores –como Jorge Riechmann– afines a la ya disuelta Unión de Escritores del País Valenciano ©

⁵⁷ Es expresión de Antonio Gamoneda en «Hablo con Jorge Riechmann», epílogo a Jorge Riechmann, *Un zumbido cercano*, Madrid, Calambur, 2003, p. 208.